

No se trata de una *mejora* de armamentos, sino de una nueva *forma* de guerra. La campaña actual bien lo demuestra.

La *diferencia esencial*, aún no comprendida por muchos, es que el aire, como nuevo medio de lucha, carece de límites geográficos.

En la guerra aérea existe una *unidad indudable*, no siendo admisible la idea de clasificar la Aviación según el lugar donde se encuentren los objetivos.

La estrategia y táctica aéreas tienen una técnica particular distinta de las que rigen otras formas de lucha, pues en tierra y aun en la mar misma existen *frentes* delimitados, bien por la primera línea de los Ejércitos de ambos contendientes, bien por las costas u otros obstáculos geográficos, lo que hace que el teatro de la guerra y el teatro de operaciones estén claramente delimitados, tanto en tierra como en mar, no ocurriendo así en el aire, que puede decirse que debido a la gran autonomía de los aviones de hoy, son casi uno mismo el teatro de la guerra y el de operaciones, y por tanto, la estrategia y la táctica, aunque bien es sabido que ésta es igual a la primera reducida en *tiempo y espacio*; cuando sólo de lo militar se trata.

Con arreglo a esa técnica, táctica y estrategia es como han de planearse y ejecutarse todas las acciones de la Aviación, sea cual sea el objetivo, y conocido el *fin* que se persigue, se hará el *medio* en la forma necesaria. Es decir, se *organizará* la máquina guerrera aérea inspirada en el espíritu de la línea Siegfried y no de la Maginot, que de todos es sabido que en la primera precedió el táctico al fortificador, mientras que en la segunda no cabía táctica de ninguna cla-

se, pues ésta venía impuesta por la fortificación, que se había hecho sin tener para nada en cuenta el despliegue y la facilidad de maniobra.

Resumiendo: Es necesario crear *doctrina orgánica* y saber que ésta constituye ya una ciencia, aunque aún no se le haya dado todavía el carácter de tal.

Que toda organización ha de basarse en los principios que rigen la Orgánica, y no se deben permitir a estas alturas las genialidades por las razones expuestas; de ahí que en nuestros centros de enseñanza deban explicarse estos principios con todo detalle y claridad para imbuir en la oficialidad la importancia que en sí tienen, ya que si en una empresa cualquiera es de por sí más o menos grande, en la militar adquiere proporciones inusitadas.

La Historia, íntimamente unida a la Geografía, constituye un verdadero tratado de Estrategia, y ésta y la Táctica ligadas serán las que den la pauta en toda organización.

La *Orgánica* ha de tener por meta el buscar la máxima *eficiencia* de los elementos armados, y esto es lo que debiera constituir el artículo primero de toda legislación, subordinando absolutamente todos los demás a este fin.

La "estrategia de paz" o política de armamentos es la que nos dirá la proporcionalidad en que deben existir los tres Ejércitos de Aire, Mar y Tierra.

La guerra aérea tiene su técnica, táctica y estrategia propias, y con arreglo a ellas han de planearse todas las acciones de la Aviación, y conocido el *fin* se hará el *medio*; es decir, que todo lo que no sea de "aire" es auxiliar de él, sin que nunca lo principal sea absorbido por lo accesorio.

La política, no la estrategia, dirige nuestros bombardeos

Por el Capitán

NORMAN MAC MILLAN

A continuación damos una opinión, expuesta en The Aeroplane por el Capitán Norman Mac Millan sobre el empleo de la Aviación en acción de bombardeo contra los núcleos de población del enemigo. Aparte de la mayor o menor exactitud que puede ofrecer el cálculo de la densidad dividiendo el número de habitantes por el de kilómetros cuadrados, por no estar ésta repartida uniformemente y existir categorías dentro de ella, consideramos interesante la opinión del Capitán Norman Mac Millan, que parece coincidir con la del Mando inglés teniendo en cuenta los recientes bombardeos que la R. A. F. ha efectuado sobre Alemania.

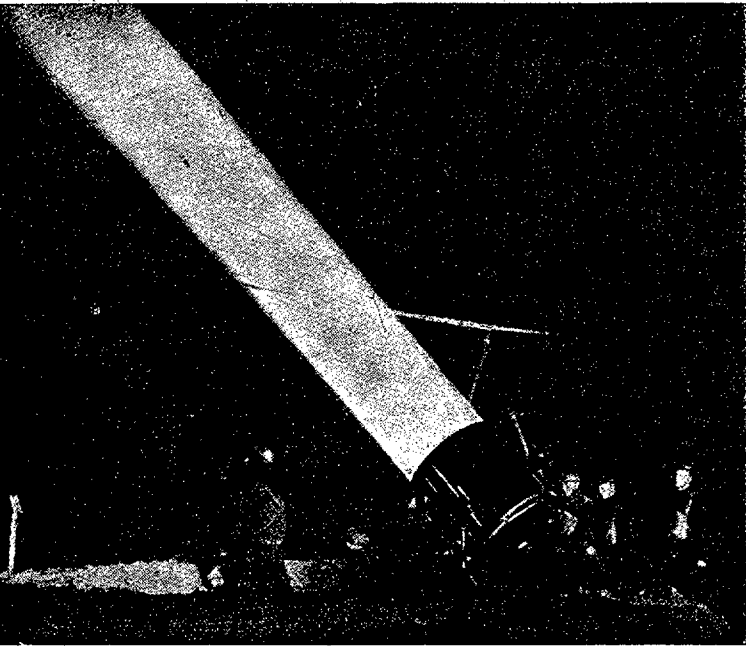
El gran público aún no ha captado el auténtico significado que tiene el avión en la guerra presente. Por tanto, queda abierta la pregunta siguiente: ¿Ha sido comprendido en toda su extensión por el marino, cuya misión está en el mar, o por el soldado, cuyo interés se manifiesta por la técnica moderna de las batallas terrestres? Pero el avión es nuestra arma victoriosa, la espada resplandeciente con la que los pueblos de habla inglesa lograrán rápidamente la victoria sobre el triple enemigo y sus seguidores si la espada está manejada por un brazo fuerte.

La entrada del Japón en la guerra definió la situación mundial en su aspecto terrestre; las antiguas fronteras se han roto y prácticamente el mundo está dividido en seis zonas, que son las siguientes: 1) Territorio ocupado por Alemania. 2) Territorio ocupado por el Japón. 3) Las regiones de los continentes africano y asiático libres de la ocupación nipogermana. 4) El Reino Unido de la Gran Bretaña. 5) Las Américas. 6) Australasia.

Del examen detenido de estas seis zonas se derivan hechos materiales de gran interés para los que crean en la eficacia del arma aérea considerada como arma de guerra o como arma auxiliar para la cooperación con las fuerzas de mar y tierra, particularmente cuando se ha asimilado la idea de que el arma aérea posee una peculiaridad de que carecen las ar-

mas de mar y tierra; esta peculiaridad consiste en lo siguiente: en tanto que a las fuerzas marítimas y terrestres les incumbe la batalla contra fuerzas enemigas de organización similar, el arma aérea, en sus misiones de bombardeo, ha de actuar contra otros objetivos que los creados por la Flota aérea enemiga.

Desde la caída de Francia, Inglaterra ha luchado desesperadamente por superar los preparativos militares del enemigo. Haciendo esto, nuestra política ha sido la de intentar combatir a las fuerzas armadas alemanas en términos parecidos a los que aquéllas nos impusieron con su método de guerra mecanizada. Y para hacerlo hemos rehusado las condiciones favorables que se nos ofrecían para la adopción de una guerra de bombardeo totalmente distinta; el resultado ha sido que no hemos podido emplear en los ataques contra territorio alemán más que una parte relativamente pequeña de nuestra aviación de bombardeo. La consecuencia de esta política ha sido inflamar a los escépticos y descorazonar a los que abogaban por una política de bombardeo directo, hasta tal punto que muchos de los últimos se inclinaban a llegar a un acuerdo con los primeros sobre los resultados del bombardeo directo. No podía llegarse a una conclusión más errónea, a la que no pocos se han sumado a la vista de los efectos aparentes de nuestras incursiones sobre Alemania. La verdad es que ni



Alemania ni Italia jamás sufrieron los efectos de un verdadero bombardeo de la "categoría" necesaria para conseguir resultados decisivos.

Inevitablemente, la entrada del Japón en la guerra inclinará el empleo de la Aviación, cada vez en mayor medida, hacia las exigencias del poderío marítimo y hacia fuera de la zona alemana de operaciones y el corazón de Alemania, a no ser que la política británica de bombardeo se oriente irrevocablemente hacia su verdadero papel de elemento primordial en la política de la guerra integral.

El objetivo sobre el cual el bombardero tiene que hacer blanco es la moral del pueblo enemigo. La eficacia de sus fuerzas armadas descansa por entero sobre esta moral. Fué el colapso de la moral alemana el que determinó el de la maquinaria bélica alemana en 1918. La moral bajó mucho por el hambre y por las listas de bajas habidas entre la población civil. Estas bajas son aún mayores en Rusia; pero el hambre que hoy existe en Alemania no puede ser tan desesperada como la de 1918, aun cuando nuestro bloqueo marítimo no sea una cosa indecisa, como lo fué entonces. Pero aún tenemos otra arma en nuestras manos para quebrantar la moral enemiga que no hemos empleado todavía. ¿Por qué?

Consideremos un momento las zonas y poblaciones de ambos bandos.

La superficie total del terreno sometido al Japón y Alemania es de 12.444.350 kilómetros cuadrados: la densidad de población (sin contar rusos y chinos) es de 27 por kilómetro cuadrado. La densidad de población por kilómetro cuadrado de los territorios no sometidos al Japón ni a Alemania es de 20 y la superficie total es de 69.959.875 kilómetros cuadrados.

Las cifras de habitantes no son menos significativas.

Alemania y el Japón controlan 549.595.000 personas, de las cuales 191.729.000 están bajo los japoneses (sin contar los rusos ni los chinos, de los que no se tienen cifras exactas). El número de personas sin control japonés o alemán es de 1.576.865.000 (aun suponiendo que 250.000.000 de chinos y rusos se vieran sometidos al control germanonipón, lo cual es muy discutible, la ventaja numérica seguiría estando de nuestra parte). Pero este proceso de conquista a que asistimos debe detenerse, so pena de que lleguen a igualarse estas cifras de población.

Hoy ya no se estila cortarles a un hombre un dedo del pie para tratar de remediar un absceso cualquiera en su cuerpo. Lo mismo ocurre con el pueblo alemán y el japonés. Si bien pueden llevar la guerra fuera del territorio propio, no inquietarán seriamente a los otros pueblos. Y el procedimiento de sangrarlos por las extremidades será una operación larga y tediosa aun cuando para llevarla a cabo empleen el arma que quieran.

Si nuestro objetivo fuera el mismo que el de alemanes y japoneses—la conquista del territorio—, habríamos de emplear los mismos procedimientos que ellos. Pero el fin que nosotros perseguimos no es el mismo: es el de restaurar territorialmente el "statu quo ante bellum". El objetivo enemigo puede obtenerse mediante la victoria en el campo de batalla. Yo creo firmemente que podemos conseguir nuestra finalidad mediante ataques aéreos que destruyan la moral del pueblo alemán en Alemania, y actualmente hemos de encontrar la manera de hacer lo mismo en el Japón; pero el problema de la distancia es el mayor inconveniente.

Es lo mismo que combatir con un gigante en campo abierto, un proceso que será muy costoso en sangre y dinero; un proceso, por lo vasto del campo de batalla, que esclavizará al resto de la Humanidad si el resultado es "agotarse" dentro de unos límites de tiempo determinados.

Los pueblos de habla inglesa, los rusos y nuestros aliados, afrontan el problema en cinco grandes frentes de batalla: 1) Desde el cabo Norte hasta Dakar. 2) Desde Murmansk, pasando por Leningrado, Moscú, el mar Negro y Libia, hasta cortar el primer "frente" en Dakar. 3) Desde Mongolia Septentrional hasta Singapur. 4) Desde Vancouver hasta Nueva Zelanda. 5) Desde Nueva Zelanda hasta Singapur. Estos frentes encierran vastas zonas marítimas.

Japón eligió para atacar el período de mal tiempo en su amenazado flanco septentrional; en el extremo meridional de su frente occidental, sus primeros movimientos tuvieron una extraña semejanza con los de la campaña británica en Libia—a no dudar, perseguían un objetivo parecido e inmediato—; pero ni el objetivo británico ni el japonés, conseguidos, serían otra cosa que éxitos locales que, desde luego, influirían en la guerra, pero que no tendrían gran importancia si se comparan con las tremendas batallas que tendrán lugar si no cambiamos nuestra política.

Como quiera que la presión de los ejércitos alemanes y japoneses se hace sentir en el Asia central y meridional, los ejércitos ingleses, rusos y chinos harán acto de presencia con líneas internas de comunicación. Las vías marítimas proporcionan líneas paralelas, y las rutas aéreas, líneas directas entre los dos frentes principales; una coordinación acertada puede proporcionarnos la ventaja de esta buena posición geográfica para concentrar la potencia aérea donde sea preciso con mayor urgencia. Hay que mantener la "seguridad defensiva" de los cinco frentes, y es preciso superar el poderío marítimo del Japón. Estas operaciones representan el mínimo necesario exigible, tanto en la tierra como en el mar. Por lo demás, en la actualidad no podemos desperdiciar el tiempo ni prodigar nuestro poder aéreo. Habremos de aplicarlo allí donde surta más efecto sobre la moral de los pueblos enemigos más importantes: contra Alemania, Italia y el Japón.

La acción política del Japón en el Oriente Lejano guarda gran semejanza y parece marchar de acuerdo con la estrategia de la acción política de Alemania respecto a sus pactos de no agresión con Rusia. El pacto alemán no fué más que un subterfugio. Lo mismo que el pacto japonés. ¿La razón? Rusia es la única potencia que posee bases aéreas bien situadas para llevar a cabo operaciones de bombardeo contra el archipiélago japonés propiamente dicho. Los aerodromos rusos no están más que a 1.000 kilómetros de la región Kioto-Kobe-Osaka, a unos 1.125 kilómetros de la región Tokio-Yokohama, a 765 kilómetros de Hakodate y a unos 1.175 kilómetros de Nagasaki. En 1937 escribí: "Resulta por demás curioso que Rusia, con un sistema político tan diferente del de la Gran Bretaña, llegara a ser de gran importancia para la seguridad territorial del pueblo inglés, tanto en Oriente como en Occidente. Existe una relación directa entre los intereses rusos y los británicos."

Las islas británicas son la mayor base aérea en el Oeste. Rusia es la mayor base aérea del Oriente. Por esto es por lo que ni Alemania ni el Japón pueden ganar la guerra. Si los aliados emplean esas bases como deben, es decir, para destruir la moral de los pueblos alemán, japonés e italiano, ganaremos. Hace falta mucho valor para adoptar esta política; pero ¿es que se ha podido vencer alguna vez sin valor y buena dirección? Nelson jamás ganó una batalla adoptando la táctica del enemigo ni siguiendo una estrategia convencional. Si no empleamos los bombarderos como debemos, es decir, si no los empleamos para acabar con la moral del enemigo, ¿cuál es la alternativa? Esclavitud por tiempo indefinido.